

Juventud y cultura

*Por Isidoro Moreno **

Hace pocos días, en la sección de «Cartas al director» de este diario, setecientos jóvenes exponían a la opinión pública sus quejas por las múltiples trabas y dificultades impuestas por la Administración a su labor cultural en varios barrios de Sevilla.

Los firmantes denunciaban los largos trámites burocráticos, cuando no las tajantes negativas o los «silencios administrativos», con que han de enfrentarse quienes integran los diversos centros y clubs juveniles de nuestra ciudad cada vez que intentan organizar un recital, conferencia o acto cultural semejante.

La lectura de la carta produce, a la vez, esperanza e indignación. Esperanza porque ahí es nada que un tan nutrido grupo de personas jóvenes, estudiantes y obreros, una vez terminada su diaria jornada de trabajo pretendan realizar una verdadera obra de cultura popular: que eso y no otra cosa significa acércar las manifestaciones culturales al verdadero pueblo, al de los barrios obreros. Indignación, ante el hecho de la constante obstaculización de este proyecto por parte de quienes más obligados estarían a favorecerlo.

¿Qué queda, ante esto, más que demagógica retórica, de todas esas declaraciones en que se hacen continuas llamadas a la participación de la juventud? ¿Son algo más que sarcásticas hipocresías las repetidas lamentaciones ante el hecho de que algunos jóvenes se refugien en perniciosas evasiones en vez de ocupar su tiempo en informarse y formarse para contribuir a la construcción de una sociedad futura mejor y más justa?

* Publicado con el seudónimo de Rafael Hernández.

Nos tememos que a muchos de los que así se lamentan les interesa realmente más que nuestros jóvenes obreros y estudiantes deambulen de una a otra taberna, jueguen al billar, lean sólo el «As» o fumen marihuana, que no que se ocupen de organizar charlas, discutir cuestiones de interés comunitario o simplemente leer libros que les susciten cuestiones inquietantes. De otro modo, no se explican las múltiples trabas legales que continuamente se les presentan y que parecen ir destinadas a aburrirles y hacerles desistir de su empeño. Para luego, ya se sabe, volver de nuevo a vituperar a esa misma juventud por no preocuparse de nada más que de frivolidades.

Creemos que ya es hora de que a los jóvenes de nuestros barrios se les permita reunirse, asociarse y expresarse libremente, para que puedan acceder a la cultura y, lo que es más importante, comenzar a contribuir a la creación de una verdadera cultura popular. Porque el derecho a la cultura (no sólo a recibirla, sino también a crearla) es un derecho a cuya exigencia nadie puede hoy sustraerse sin rehusar a una parte muy importante de su propia categoría de hombre.

(17-VII-74)